

56
4681
e-12
Año II

San José, 22 de Junio de 1919

Núm. 39

LECTURAS

Album de Lecturas



Srta. CLAUDIA PASTOR

Precio: 20 CÉNTIMOS ejemplar



Pronto llegará

CUASIMODO

Revista mensual americana

12 NÚMEROS: \$ 4-00 -:- FALCÓ Y BORRASÉ, Agentes en Costa Rica.



Lea EL JARDÍN DE EPICURO

Por ANATOLE FRANCE

Se ha puesto a la venta este interesante cuaderno de RENOVACIÓN.

Precio: 30 céntimos : Falcó y Borrásé, Editores : San José, Costa Rica

Espacio

RESERVADO para la Agencia General de Anuncios en los Coches y Estaciones del Ferrocarril al Pacífico.—EFRAIM ROJAS SOTO, Agente General.—Apartado de Correos N° 543.—San José, C. R.

ALSINA Y PEREZ MARTIN

IMPORTACION
Productos Españoles

UNICAMENTE

EXPORTACION
Produc. Costarricenses

REPRESENTANTES DE VARIAS CASAS ESPAÑOLAS QUE ABARCAN TODA CLASE DE ARTICULOS

UNICOS AGENTES Y DEPOSITARIOS

del popular y acreditado

y del sin rival

Aceite MARTI

especial para las comidas

Papel LEPANTO

de pura paja de trigo

Apartado No. 249

Imprenta ALSINA

Teléfono No. 36

Ramón Ulloa M.

Propietario de las Empresas Eléctricas
de las ciudades de Grecia y Santo Domingo

OFICINA: SAN JOSE :- FRENTE A LA FOTOGRAFÍA HERNÁNDEZ

La Puerta del Sol

Sastrería - Sombrerería

Artículos para caballeros y niños

Abarrotes

Abarrotes

Sauma & Castro

Frente al lado Norte del Mercado

Teléfono 756

Apartado 523

Teatros Trébol y Moderno

Empresa Manolo Rodó

Los más atrayentes espectáculos la de capital

Suscríbase a la revista 'Eos'

Ercole Canossa e Hijo

CARNICERÍA.—Carne de res y de ternero de primera calidad, fresca todos los días.

SALCHICHONERÍA.—Siempre hay en venta el indispensable salchichón y la famosa mortadela que por ser de excelente gusto es la preferida del público. Nada importa que del extranjero no nos manden estos artículos, pues esta casa los fabrica si no de mejor, de igual clase que los del exterior.

Hay también excelentísimos salchichones conservados : Teléfono 132 : Apartado 828

Cervezas Richmond

Las más puras del país; no se clarifican con cal, ni otras sustancias nocivas a los enzimos del estómago : Teléfono 759 : Apartado 188.

La preferida del público

sensato y entendido en negocios y de la alta sociedad
es la

Funeraria Polini

Vermicida Infantil

El único remedio inofensivo para expulsar las lombrices, cualesquiera que sean sus especies.

CUIDADO CON LAS IMITACIONES

Todo frasco debe llevar en su etiqueta el nombre de

BOTICA NACIONAL, PASO DE LA VACA

Este es el LEGÍTIMO y ÚNICO garantizados.

Pastas y Fideos extranjeros La Gran Vía

Pastillas de levadura

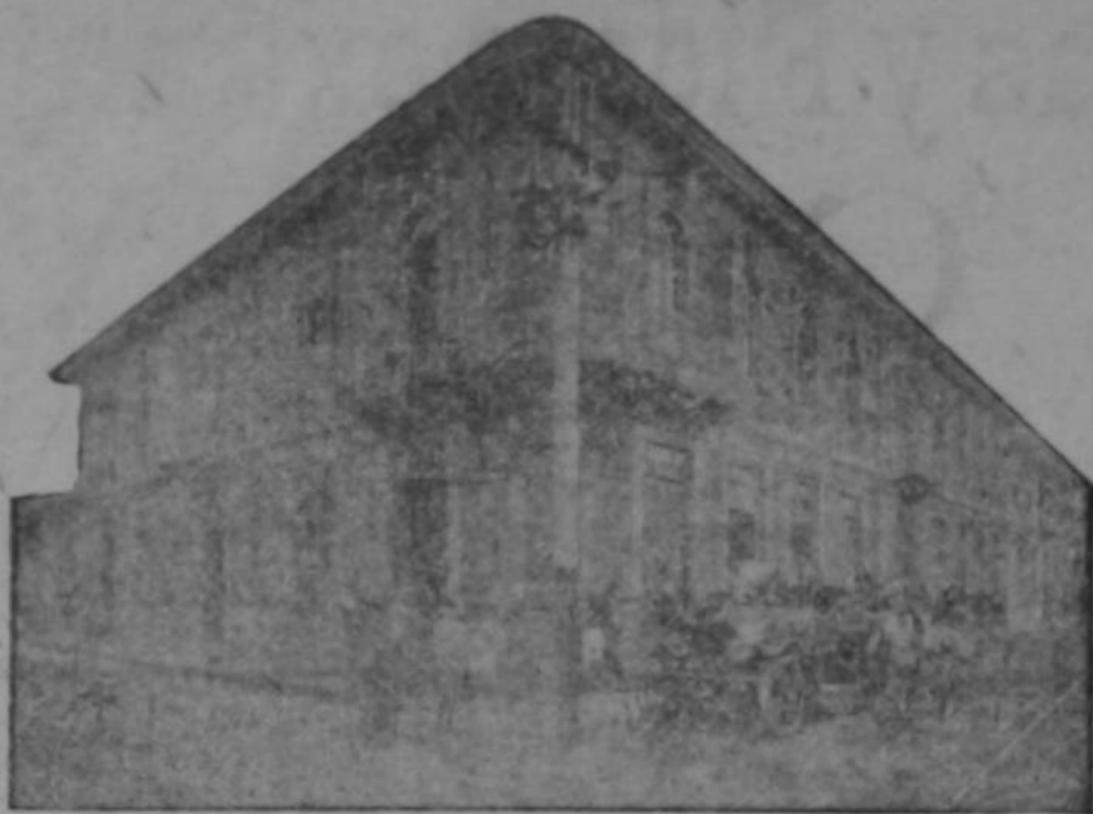
El Gremio

Antonio Urbano G.

Abarrotes, vinos, licores, y la renombrada JARCIA de Muñoz : Unico depósito en Costa Rica : Teléfono 157 : Apartado 480 : Lado Norte del Mercado : San José, Costa Rica.

Cerveza Traube

NO SE SABE CON CERTEZA
QUE DEBE INMORTAL RENOMBRE
SI ES LA **CERVEZA** AL NOMBRE
O EL NOMBRE A LA **CERVEZA**.



Hotel Washington

First Class Hotel

San José, Costa Rica

Robert Hermanos

Acaba de recibir

Artículos de Última Novedad
para sras., caballeros y niños

Gran Taller de Confecciones - Ropa Hecha



Precios económicos

San José, Costa Rica

22 de Junio de 1919

LECTURAS

Director: LEONARDO MONTALBÁN

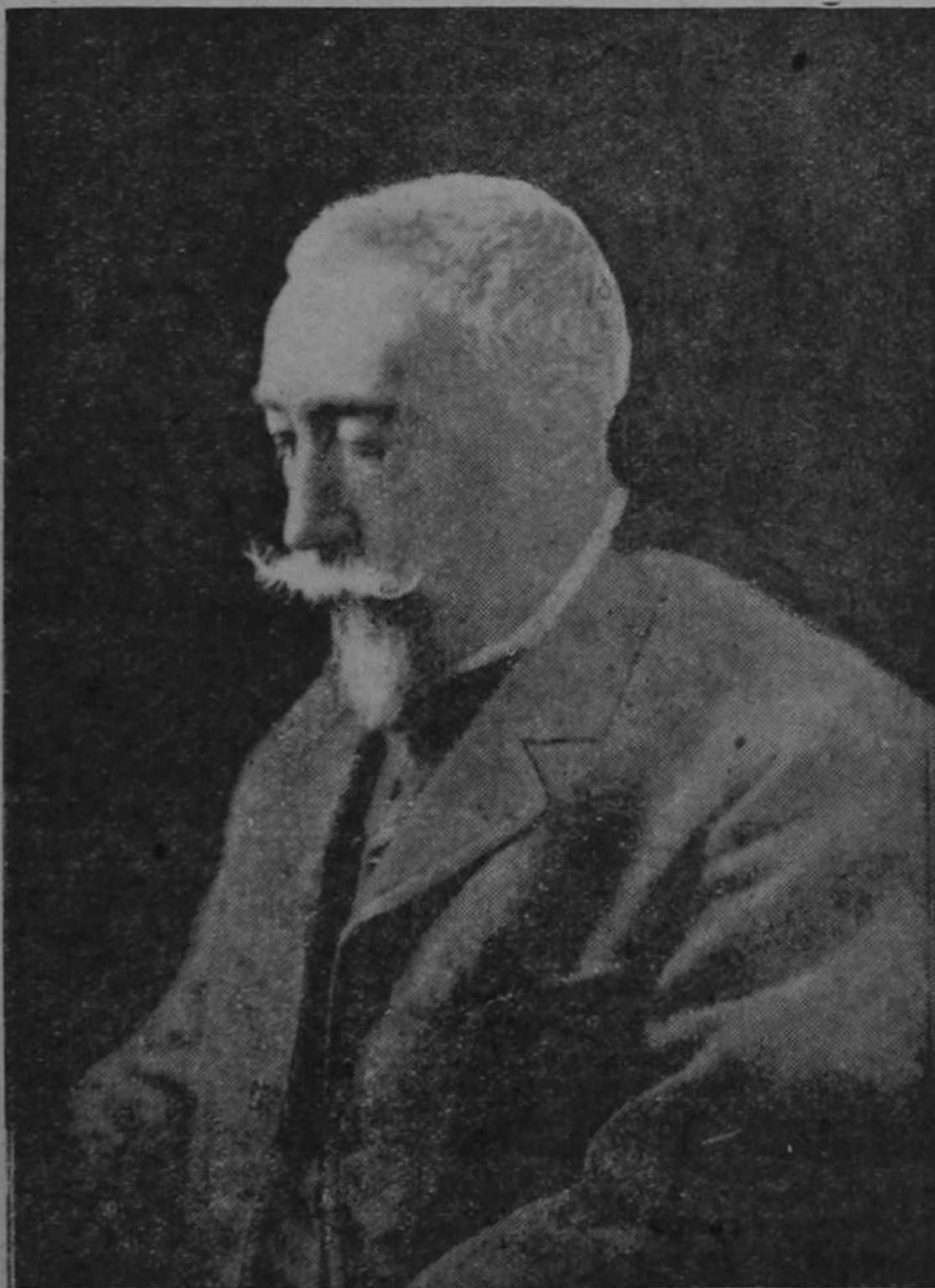
Año II

Ciencias, Artes, Literatura y Variedades

No. 39

Editores: FALCÓ & BORRASÉ

Los Grandes Pensadores



ANATOLE FRANCE

Miembro de la Academia Francesa

ANATOLE FRANCE

Anatole-François Thibault, conocido mundialmente por Anatole France, poeta, novelista y crítico, miembro de la Academia Francesa, es uno de los más deliciosos narradores y el maestro indiscutible de la prosa francesa contemporánea.

Nació en París el 16 de Abril de 1844, en el *quai Malaquais*, número 19, en casa que estuvo en el sitio donde hoy se levantan las construcciones nuevas de la Escuela de Bellas Artes.

Su padre, Noel Thibault, ultramontano de temperamento dulce y amable, hombre de gusto y de disciplina monárquica, fué guardia de corps de Carlos X, tenía una tienda de libros raros y firmaba trabajos de bibliografía: *France, ancien libraire*. Tal es el origen del pseudónimo adoptado y hecho célebre por el hijo.

Sus verdaderos maestros han sido el siglo XVIII francés, la Grecia pagana y de modo principal la alejandrina, Roma en su parte espectacular más que en su parte ideológica, y Renán, Renán y Renán.

«Anatole France es el hijo de Renán, del que Lemaître es el mono», dice con acierto y gracia Bernard Lazare. Su escepticismo sonriente es el del gran bretón, pero tiene además sensualidad diferenciadora y escribe mejor: al autor de la *Vida de Jesús* solían escapársele «pésadeces de filosofía alemana y locuciones de periódico».

El estilo de Anatole France es de maestría total. Límpido, sobrio y preciso, con poca variedad de léxico, posee una sintaxis de intuición genial en el hallazgo de las bellas formas y de las rítmicas combinaciones. Todo lo expresa o todo lo sugiere, así sea un tenue matiz del espíritu o una vasta complejidad de la acción. Siempre con suavidad y siempre sonriendo, sin perder su tono discreto, enemigo de la declamación y de la tirada, suscita a veces las ideas más audaces y los pensamientos más demoledores. «Todo, escribe Rodenbach, lo profiere a media voz, aunque audazmente, con recaídas de ironía para templar la severidad alternándola con una sonrisa, y también con urbanidad perfecta: condescendencia mundana habituada a no insistir. Pero la audacia de las ideas no disminuye al envolverse. Y hay muchos argumentos para una revolución social en estos libros de gracia noble que sonríe».

La filosofía que Anatole France pone en su expresión estética de la vida, no puede sistematizarse. «He sido sincero hasta el candor, escribe. Decir lo que se piensa es un placer costoso, pero demasiado vivo para que yo renuncie a él jamás. En cuanto a hacer teorías es una vanidad que no me tienta».

Hoy el maestro ha vuelto su fecundo otoño hacia el pueblo; hacia el pueblo que «tiene luces que sobrepasan a las de los sabios; que elabora la fe del porvenir; que esboza confusamente el signo de la religión nueva; y crea lo divino con paciencia augusta y con la lentitud de las fuerzas naturales».

Anatole France es de los que sueñan en la Ciudad Futura, en la Ciudad en que reinará la Libertad verdadera, la que no tiene otra liber-

tad enfrente de ella; patrimonio de un mundo purificado por el Dolor, engrandecido por la Concordia y redimido por la Justicia. Sueño de Bueno, sueño de Poeta, sueño de Sabio, seguramente realizable. Ya el maestro puso en los labios de Athenea este apotegma de esperanza: Lentamente, pero siempre, la Humanidad realiza el sueño de los sabios.

ALFONSO CRAVIOTO

Páginas de France

Lo mudable de la moral

Desde luego sabemos bien lo que es la moral.

La moral es la teoría de las costumbres. Y las costumbres son hábitos. Buenas costumbres llamamos a los habituales y malas, aquellas que no se usan.

Los hábitos viejos son queridos y sangrados para los hombres: tal es el origen de la ley religiosa. Vemos además que la moral religiosa se refiere a un estado antiguo de las costumbres. Esto es verdadero para todos los cultos. Y en este sentido es en el que Lucrecio ha dicho que la religión producía crímenes.

En los pueblos cristianos, los católicos principalmente, la moral teológica representa un estado anterior a la civilización. Es respetada, pero se la comprende poco, y en los hechos, no se la toma en cuenta.

El derecho, que es la sistematización de la moral práctica, en Europa es independiente de toda idea confesional. El ministro italiano Minghetti ha observado muy justamente que el código de Napoleón reproduce una parte del derecho romano anterior al cristianismo y que las partes nuevas, se ha inspirado en el espíritu del siglo XVIII.

Nosotros ya tenemos no sólo una moral, sino sanciones morales independientes de los dogmas religiosos.

Pero ellas no podrán ser fijas. La moral cambia sin cesar con las costumbres, de las cuales no es más que la teoría. Las leyes deben ir en pos de las costumbres.

El «Honor» de los pueblos

Los pueblos civilizados son como los perros de caza. Un instinto corrompido los excita a destruir sin provecho, ni razón.

La insensatez de las guerras modernas

se llama *interés dinástico, nacionalidad, equilibrio europeo, honor.*

Este motivo final quizá sea el más extravagante de todos, porque no existe un solo pueblo en el mundo que no esté manchado con todos los delitos y cubierto de todas las vergüenzas.

No existe uno solo que no haya sufrido todas las humillaciones que los sucesos pueden imponer a un miserable puñado de hombres. Y si acaso subsiste todavía un honor en los pueblos, es un procedimiento extraño ese de sostenerlo haciendo la guerra, como quien dice, cometiendo todos los delitos que deshonorarían a una persona: *incendio, rapiña, robo, homicidio.*

Las tablas de la ley

El arte del negocio, si se quiere, es más nocivo que el de la guerra. El trabajo será risueño cuando no sea pagado. El oro inicuo es el único que establece la desigualdad en los repartos. Mientras los hombres continúen siendo avaros y crueles, convertirán en crueles las leyes más dulces y despojarán a sus hermanos con palabras de amor. No opongáis las leyes a las leyes y no erijáis tablas de mármol o de bronce a la vista de los hombres. Pues todo lo que está escrito en las tablas de la ley, con letras de sangre está escrito.

Aspectos sociales

En la parte sudoeste de la ciudad, sobre una altura que aún conservaba su antiguo nombre llamándose Castillo de San Miguel, extendíase un jardín, cuyos añosos árboles cobijaban el césped con sus viejas ramas. En la vertiente Norte los ingenieros paisajistas habían construído una cascada, grutas, un torrente y un lago con islas. Desde allí se dominaba toda la ciudad, con sus calles, ramblas, plazas, la multitud infinita de azoteas y cúpulas, los ferrocarriles aéreos, los muchedumbres de hombres alejados y silenciosos. Como aquel jardín era el sitio más saludable de la ciudad, enviaban a los niños para que respirasen aire puro y vieran el cielo azul, no empañado por la humareda sucia de las fábricas. En verano, algunos dependientes de las oficinas y de los laboratorios próximos, después de almorzar descan-

saban un rato en aquella tranquilidad aparente.

Cierta mañana de Junio, hacia el mediodía, una telegrafista llamada Carolina Meslier, fué a sentarse en uno de los bancos de la terraza del Norte; para que sus ojos descansaran contemplando el verdor, se puso de espaldas a la ciudad. Morena, con las pupilas vivaces, robusta y plácida, parecía tener de veinticinco a veintisiete años. Momentos después, un empleado del *trust* de la Electricidad, Jorge Clair, sentóse junto a ella. Rubio, delgado, flexible, mostraba en sus facciones delicadezas femeniles, y teniendo próximamente la edad de Carolina, su aspecto era más juvenil. Encontrándose casi todos los días en aquellos lugares, pronto simpatizaron, siéndoles grata su conversación. No hablaban de ternuras, de afectos, de intimidades. Aun cuando alguna vez en su vida tuvo que arrepentirse de sus confianzas, Carolina inclinábase fácilmente a la franqueza, mientras Jorge Clair se mostraba siempre reservado en sus frases y en sus maneras, dando a sus entrevistas un carácter puramente intelectual y manteniendo su conversación con ideas generales; pero expresándose con ruda libertad en todos los asuntos.

Discurriendo acerca de las condiciones del trabajo y de la organización social, Jorge Clair dijo:

—La riqueza es uno de los varios medios que tiene el hombre para vivir dichoso; y la convirtieron en el fin único de la existencia.

A los dos les parecía una monstruosidad que así ocurriese.

Insistían con frecuencia en ciertos asuntos científicos, para ellos familiares.

Hablaban de la evolución de la Química:

—En cuanto se comprobó—dijo Clair—que el *radium* se transformaba en *helium*, quedó absolutamente destruída la inmutabilidad de los cuerpos simples, y fueron arrinconadas las viejas leyes de afinidad y de conservación de la materia.

—Pero hay leyes químicas—dijo Carolina; porque, mujer al fin, sería imposible que no creyera en algo.

Jorge prosiguió tranquilamente:

—Ahora, que ya no es difícil procurarse una cantidad suficiente de *radium*, alcanzará la ciencia incomparables medios de análisis; los llamamos cuerpos simples ofrécese como compuestos de una riqueza extremada, y se

descubren en la materia energías cuya intensidad es mayor cuanto más tenue sea su estructura.

Mientras hablaban, echaban migajas de pan a los pájaros; los niños jugaban en torno suyo.

Variando el tema de la conversación:

—Esta altura, en la época cuaternaria —dijo Clair—, hallábase poblada de caballos bravíos. El año pasado, haciendo excavaciones para la conducción de aguas, encontraron, en considerable cantidad, esqueletos de hemiones.

Interesó a Catalina saber si en aquel tiempo remoto existía ya el hombre sobre la tierra.

Jorge dijo que los hombres cazaron a los hemioneos antes de servirse de ellos domesticándolos.

—El hombre primitivo—añadió—era cazador; luego fué pastor, agricultor, industrial.... y esas diferentes civilizaciones sucedíanse al través de un tiempo tan dilatado, que nuestra inteligencia no puede concebirlo.

Sacó el reloj.

Carolina preguntó si era ya la hora del trabajo; él dijo que faltaban aún cinco minutos para las doce y media.

Una niña formaba montones de arena junto a ellos; un niño de siete años pasó cerca, brincando; mientras su madre cosía en un banco próximo, se divertía solito, jugando al caballo desbocado, y con la poderosa imaginación infantil creía ser a un tiempo el caballo, sus perseguidores y los que huían espantados temiendo que los atropellara. Iba refrenándose y gritando: «¡Detenedle! ¡Uh! ¡Oh! ¡Es un caballo terrible! ¡Se ha desbocado!»

Carolina preguntó:

—¿Creéis que los hombres eran más felices en otros tiempos?

Jorge respondió:

—Sufrían menos. Como este niño, jugaban; jugaban a las artes, a las virtudes, a los vicios, al heroísmo, a las creencias, a las voluptuosidades, acariciando ilusiones divertidas; más ruido, más goces. Pero ahora....

Detuvo su pensamiento y sacó el reloj.

El niño desbocado, tropezando en la cubeta de la niña, cayó. Estuvo un instante inmóvil, tendido sobre la arena; se incorporó en silencio; luego arrugó la frente, abrió la boca y lloró berreando. Su madre, al oírle, fué corriendo hacia él; Carolina ya estaba

limpiándole y consolándole. Jorge le cogió en brazos.

—Vaya, criatura; no llores y te contaré un cuento....

«Un pescador tendía su red en el mar; enredado en la red sacó un vaso de hierro, muy bien tapado, abriólo con la punta de la navaja, y salió un humo que se iba elevando hasta las nubes, y se condensaba y formaba el cuerpo de un gigante inmenso; y aquel gigante inmenso estornudó tan fuerte.... que el mundo entero quedó hecho trizas....»

Clair se contuvo, y soltando una carcajada seca, entregó el niño a su madre. Luego volvió a mirar la hora, y de rodillas en el asiento del banco, apoyando los codos en el espaldar y la cara entre las manos, contempló la ciudad.

A lo lejos, la multitud de los edificios dibujaban su enormidad minúscula.

Carolina fijó su mirada en la misma dirección.

—¡Qué tiempo tan hermoso!—dijo—. El sol brilla trocando en oro los vapores del horizonte. Lo más doloroso en la civilización, es verse privado de la luz del día.

Jorge no respondió; miraba fijamente un punto de la ciudad.

Después de algunos segundos de silencio advirtieron que, a una distancia de tres kilómetros, del otro lado del río, en el barrio más opulento, se alzaba una especie de remolino trágico; una detonación vibró hasta ellos, mientras invadía el cielo un inmenso árbol de humo. Poco a poco hízose oír un imperceptible murmullo formado por los clamores de algunos millares de personas. Muy cerca del jardín resonaron gritos.

—¿Qué ocurre?

El estupor era grande, pues aun cuando las catástrofes fueran frecuentes, nunca hubo una explosión tan violenta; y a todos horro- rizaba la terrible novedad.

Querían precisar el sitio del siniestro; se citaban barrios, calles; edificios diversos, teatros, casinos, almacenes. Las investigaciones topográficas iban adquiriendo exactitud.

—Ha volado el *trust* del acero.

Clair se metió el reloj en el bolsillo.

Carolina le miró con fijeza, y sus ojos se cubrieron de asombro.

Le murmuró al oído:

—¿Lo sabíais? ¿Lo esperábais?... Fuistes quién...

El respondió muy tranquilo:
—La ciudad debe ser destruída.
Ella murmuró con dulzura:
Yo también lo creo así.
Y se despidieron para volver cada cual a su trabajo.

ANATOLE FRANCE

Página 368 a 373 de la novela «La isla de los pingüinos.»

RESONANCIAS

“Le Petit Pierre”
de Anatole France

Cuando el pájaro abandona la rama en que ha cantado, deja en ella un estremecimiento. Cuando un sonido sacude el aire, los objetos circunstantes se sienten vulnerados deleitosamente en no sabemos qué elemental sensibilidad oculta bajo el mutismo de su inerte materia: despiertas por el són transeunte, vibran conmovidas las pobres cosas, piedra, madera o metal, y envían tras él íntimos rumores de respuesta que solemos llamar resonancias.

Del mismo modo, un libro, al ser cerrado, produce ante nosotros un instantáneo vacío espiritual, dentro del cual se precipitan en torbellino ideas, recuerdos, alusiones, gérmenes de ensueños, apetitos que dormitaban, y en vaga nube de oro, polvo de teorías. Son nuestras resonancias de lector. El libro leído repercute en nosotros según el timbre de nuestras íntimas voces. Dura unos momentos el fenómeno. Si los dejamos pasar, podremos hacer sobre el libro un estudio crítico más o menos sabio y reflexivo; pero no conseguiremos fijar aquellas espontáneas resonancias que, rápidas y en vuelo apasionado, deja escapar nuestra intimidad.

Lo que sigue, pues, no tiene pretensiones de crítica: son los rumores que se escuchan en mi selva interior cuando un viento ideal la ha agitado.

* * *

La senectud de Anatole France es florida y fructuosa como un huerto encantado. Ahora, a sus setenta y cuatro años, nos da *Le Petit Pierre*. La prosa de este libro es tan pulcra, tan cuidada, tan picante, tan alerta como la de sus primeras obras. A decir verdad, este nuevo volumen no se diferencia en nada importante de todos los demás compuestos por su autor. Un libro de France no es nunca mejor ni peor que otro libro de France. Comenzó su carrera literaria con *El crimen de Silvestre Bonnard*, y este fruto primerizo resultó ya tan perfecto, que fué premiado por la Academia Francesa. Tal apresuramiento en llegar a la perfección suele ser pernicioso, y el caso de France no hace sino confirmar esta regla. Después de *Silvestre Bonnard*, no le quedaba otro remedio que repetirse. Y año tras año, libro tras libro, France se ha reeditado a sí mismo. Comparando este reciente *Petit Pierre* con aquel

primogénito *Silvestre*, nos admira el inmarcesible verdor de tan egregio espíritu, que en la alta edad modula una canción idéntica a la de sus tiempos mejores. Pero luego advertimos que la juventud de la obra senescente vive a costa de la vejez prematura que se había infiltrado en la inicial. Ciertamente que *Petit Pierre* podía suplantar a *Silvestre*, no es más viejo que él; pero también es cierto que *Silvestre* podía haber sido escrito a los setenta y cuatro años, como *Petit Pierre*. De esta manera, disminuye un poco nuestra admiración por el perpétuo frescor de France. No se trata de una juventud superviviente, triunfadora, genial de la vejez: es más bien el caso de lo que no llega a ser viejo porque nunca fué joven. Perfección lograda a tanta costa me es un poco indeseable. No la envidio, como no envidiaría la sabiduría de Confucio. Según los chinos, Confucio fué concebido, en un jardín, de un rayo de sol que hirió el vientre de una virgen; pero vino a nacer cuando tenía ya ochenta años y los lóbulos de las orejas le habían crecido en forma de dos cintelas.

Esta perfección quieta, ajena al tiempo, que no tiene el gesto ascendente y anheloso de un desarrollo, que no se afana, etapa tras etapa, por ampliarse y trascender, no consigue arrebatarme mi temperamento. Yo hubiera preferido un France joven e imperfecto que se orienta vacilante en el ancho horizonte de la vida, que se nutre de inquietud y que sube, y desciende, y se desvía, y rectifica. Aunque empezó tarde a publicar, cuando se presentó era ya perfecto. ¡Grave sino! porque esta palabra «perfecto» arrastra un equívoco fundado en su etimología. «Perfecto» es ordinariamente lo concluido, lo acabado, lo finito: luego significa también lo que contiene todas las virtudes y las gracias propias a su condición, lo insuperable, lo infinito. Hay, pues, una perfección que se conquista a fuerza de europeos a la plenitud de su desenvolvimiento, pero quedando de menor tamaño; renuncian a la capacidad, en beneficio de una pronta perfección.

Salvando los términos del símil, yo diría que France a los treinta y cinco años, oblitera su espíritu. De entonces acá no sorprendemos en su obra la menor variación, rectificación ni ampliación. Exactamente las mismas ideas, las mismas emociones, la misma técnica que entran en la urdimbre de su primer libro intervienen en el último. En cuarenta años, France no ha hallado pretexto para modificar la marcha de su espiritual relojería, no ha aprendido nada nuevo, no ha conquistado un nuevo sentimiento. Es hoy el mismo de anteayer y de ayer. Su obra, exenta de ocaso, no ha gozado, en cambio, de un alba invasora que alancea a la noche y, aún balbuciente, pregona ya el mediodía.

A esta belleza, que aspira sobre todo a ser incorruptible y sin edad, confieso preferir un arte más saturado de vida que se sabe hijo de un tiempo y con él destinado a transcurrir. Ese presunto carácter de eternidad, de incorruptibilidad, de insumisión a los gusanos, sólo se logra vaciando la obra de toda entraña viva, momificando el propio corazón y haciendo del rostro animado un mascarón exánime. Se ha convenido en

situar sobre la cima de lo estético ciertas formas del arte griego, la escultura periclea, por ejemplo, que, en efecto, parecen colocadas más allá de toda humana mudanza. Las figuras de Fidias pretenden existir fuera de la cronología, como las verdades geométricas. Y yo no dudo que lo consigan; pero es a costa de interesar sólo la periferia racional de nuestro espíritu, aquella zona impersonal de nuestra persona capaz de respirar geometría. Padecemos aún supersticioso culto por un falso helenismo de convención que inventó Winckelmann, que descarrió a Goethe y que hoy la ciencia histórica ha desvanecido. Mientras nos inclinamos oficialmente ante un frontón del siglo V (a. de J. C.), tal vez una humilde gárgola románica muere más hondo en nuestro sentir con sus quijadas fabulosas.

La vida es duración y mudanza; nace, florece, muere y deja tras sí la ocasión para otras vidas sucesivas y distintas. Abrimos un nuevo libro de France sin conmovernos, porque sabemos que su musa, inquilina de la cuarta dimensión, no ha tenido en el intervalo un nuevo amor ni sus mejillas de mármol se han contraído en una arruga inesperada; no ha vivido, esto es, no ha rozado peligros de muerte.

¿Qué mujer es la más bella? Yo creo que todo espíritu delicado prefiere en la mujer esa hora vendimial del otoño, cuando se juntan en su fisonomía graciosos ecos de doncellez a inquietantes anticipaciones de caducidad. En ese momento, es la mujer síntesis de sí misma: nos trae en esencia su primavera pasado y ya entrevemos el rigor de nieves futuras. Así, con su génesis, con su actualidad y el anuncio de su desaparición; así, en su íntegra perspectiva vital, las cosas nos interesan más y adquieren sus semblantes un profundo dramatismo.

Todas las formas vivientes, inclusive las artísticas, son perecederas. La vida misma es un frenético escultor que, incesantemente afanado en producir nuevas apariencias, necesita de la muerte, como de un fámulo, para que desaloje del taller los modelos concluidos. Cuando moría un Capeto, gritaba el preboste de París: «¡El Rey ha muerto! ¡Viva el Rey!» ¡Oh, si, la mayor sabiduría es secundar esta misteriosa universal voluntad de la vida! Aprendamos a preferir lo corruptible a lo inmutable, la trémula mudanza de la existencia a la esquemática y lívida eternidad. Seamos de nuestro día: mozos al tiempo debido, y luego espectros o sombras en fuga. Lo decisivo es que llenemos hasta los bordes la hora caminante, que seamos en el ánfora grácil buen vino que rebosa.

France no ha querido ligarse a los destinos de su tiempo, y, para no fenecer con él, ha hecho un arte de esquemas y convenciones. ¡Inútil precaución! Hoy es en nuestras manos un libro de France pavesa mortecina, y su prosa, que aspira a ser olímpica, eternamente risueña, nos sabe ya a ceniza.

He leído varias veces la obra del padre Nieremberg que se titula *Diferencia entre lo temporal y lo eterno*, sin que ninguna de ellas lograra persuadirme. Esta sobrestima de las cosas llamadas eternas que nos dejó en herencia Platón,

me parece entre perversa y pueril, resto de la antigua y naciente dialéctica. Veo en ella la apoteosis de fáciles esquemas y una subversión de los débiles contra el destino grandioso de la vida.

Se complace sobre todo el padre Nieremberg en subrayar el carácter voltario, tornadizo de la Naturaleza. ¡Como si fuese preferible que la Naturaleza mostrase una enfadosa insistencia de profesor! Los placeres van a la carrera, insinúa el buen padre. ¡Bien; razón de más para galopar tras ellos!

A veces, los argumentos del jesuita llegan mal atinados: apuntan a nuestra amargura y dan en nuestra sonrisa. Hé aquí, por ejemplo, una de las observaciones con que quisiera influir en nosotros:

«No sé yo qué más podrá declarar la mutabilidad del ingenio que aquel caso memorable que sucedió en Efeso. Había allí una matrona honestísima que, habiendo muerto el marido, hizo los mayores extremos que vieron los nacidos. Todo era llorar inconsolablemente y desgñarse; y no contentándose con las ceremonias comunes de otras viudas, se fué al sepulcro de su marido, que antiguamente estaban en los campos y eran en bóvedas o partes capaces, y allí se encerró sin querer comer bocado, como no lo comió en dos días. Sucedió, pues, que allí cerca ajusticiaron a unos malhechores, y porque no los quitasen de las cruces u horcas donde estaban colgados, dejó la justicia un soldado por guarda. El militar, sabiendo que estaba en el sepulcro aquella matrona, llevó allá su cena para que comiese. Al principio no había remedio que tomase bocado; pero tanto hizo el soldado, que la vino a convencer que comiese algo, porque no muriese desesperada. Pasó más adelante, y el que la convenció para que tomase su comida la persuadió también cosas peores. Entretenido con la mujer, y descuidando el soldado su oficio de centinela, le hurtaron de la cruz u horca a un ajusticiado, porque sus parientes, advirtiendo que faltaba de allí la guarda, fueron por él para quitarle de allí y darle sepultura. Cuando supo que se le habían llevado, temiendo el castigo que había de hacer en él la justicia, dijose muy desconsolado a la viuda, la cual le consoló brevemente: porque tomando el cuerpo de su marido difunto, por el cual había hecho tantos extremos, le puso en la horca en lugar del ajusticiado. Esta es la inconstancia y tenue permanencia del corazón humano, más mudable, variable de lo que parece posible; y mudándose él, trae a su compás las demás cosas, las cuales por mil caminos son vanas, inconstantes y frágiles».

Yo no entiendo bien por qué razones el padre Nieremberg hubiera preferido una viuda más tenaz que, con rigidez de estatua, prolongase indefinidamente su actitud de plañidera. La gracia insuperable de lo real, escapándose de esta narración, se venga aquí del buen jesuita abstracto, retórico e insincero. Serían graves la caducidad y trasiego de cosas y emociones si no fuesen precisamente aquellas el aparato que hace posible la sustitución y progreso de éstas, Mohamed y su visir Hagim regresaban una tarde

de la Ruzafa, lugar de campesino solaz que el califa poseía en las afueras de Córdoba. Habían gozado una jornada de sol, de vino y de versos. Los ecos melancólicos de la larga fiesta y el influjo de la luz moribunda inclinaron sus almas ardientes hacia las últimas confidencias. «¡Hijo de los califas!—exclamó Hagim---. ¡Qué hermoso sería el mundo si no existiera la muerte!» «¡Eso es absurdo!—respondió Mohamed—. Si no hubiera muerte, no reinaria yo. La muerte es una cosa buena: mi antecesor ha muerto; por eso reino». Y el viento empujó estas duras, pero nobles palabras hacia el bronce de los olivares.

Si no quedase más hombre que el marido difunto, bien estaría en la viuda un llanto inextinguible. Pero ¡hé aquí que tiene a mano este inesperado militar, tan compasivo y tan galante!... La tumba da ocasión a una nueva vida, y la raza de los efesios asegura su perpetuidad. Así, los biólogos de nuestro tiempo, con Weissmann a la cabeza, creen haber descubierto el verdadero hecho de la inmortalidad, de la eternidad, en el «plasma germinal», simiente primigenia de la vida que, de individuo en individuo y de especie en especie, recorre triunfante los milenios.

No derrama ciertamente la musa de France llanto de viuda; insiste, por el contrario, en una hierática sonrisa de dama inviolada. Mas para el asunto, tanto da. El gran escritor francés está más próximo al padre Nieremberg de lo que a primera vista parece. Uno y otro eluden con gesto diferente la plenaria aceptación de la vida y sus condiciones. Esto es fatal: la moral más elevada y el arte mejor dependen de esa anuencia valerosa, del trágico «sí» dado a la realidad. Y hubiera sido provechoso, creo yo, a la musa de France el oportuno encuentro con algún soldado atrevido que turbase un poco su marmórea displicencia. Quiso ser inalterable, y el destino la ha petrificado. De este modo se cumple el castigo que Galileo, entusiasta de la Naturaleza, proponía: *I detrattori della corruptibilità—escriberanno meriterebber d'esser cangiati in statue*.

A primera vista, la obra de France presenta una gran riqueza de temas humanos. Lo antiguo, lo moderno y hasta la más aguda actualidad pasan bajo el diáfano cristal de su prosa. Pero tal variedad de objetos sirve únicamente para subrayar la actitud esquemática y monótona que adopta su arte.

Durante medio siglo, el lector mediocre, el filisteo de la cultura, a quien France dedicaba su preciosa cerámica literaria, supuso que era el escepticismo la forma más fina de la comprensión. Hoy ya empieza a notarse el error. El escepticismo no es menos que el ascetismo una postura rígida, abstracta, ciega y vacía. Sonreír de todo es tan estúpido y tan fácil como volver a todo las espaldas. Cuando menos, quisiéramos que la perspectiva, el claro-oscuro, el colorido del universo, se reflejasen en nuestro rostro con una variedad de gestos. Risa o llanto, perpetuados, hacen de una cara careta.

Los años y las meditaciones, al pasar sobre mi alma, van aposando en ellas la convicción de que la norma superior, la más delicada es una profunda y religiosa docilidad a la vida. Toda otra

norma debe ser sometida a esta instancia. Sigamos a nuestra razón cuando construye, fiel a sus principios, irreales geometrías; pero mantengamos el oído alerta, como escuchas para percibir las exigencias utilísimas que; desde más hondas latitudes de nuestro ser, nos hace el imperativo de la vitalidad. No nos encerremos en el poliedro de aristas matemáticas que edifica, ingeniero, nuestro intelecto; antes bien, estemos siempre prontos a obedecer más radicales sugerencias y a levantar el vuelo, en la hora justa, como las aves migratorias.

Para dar en rostro a las acusaciones de coquetería y caprichosidad con que solían hostilizarla, Ninón de Lenclos había elegido, a guisa de emblema, una veleta. Bajo ella hizo poner esta frase castellana: *No mudo, si no mudan*. Esta gentil paradoja, donde se encarga a la veleta de simbolizar la verdadera constancia, me parece un pensamiento magnífico. La veleta fija siempre hacia el ábrego no es por ello más constante que las otras; es sencillamente una veleta mohosa y paralítica.

JOSÉ ORTEGA Y GASSET

La victoria de los ebrios

¿Dónde hay enfermedad comparable con el alcohol?—POE.

Transparente, nítida, purificadora, refrigerante, el agua normaliza la vida, aclara el pensamiento, vigoriza las energías, tranquiliza el sensorio, lleva a la frente la alegría y la nobleza al corazón. La inmersión en sus ondas nos produce el deleite inefable, y reconfortador de Juvencio; llevada a nuestros labios en la copa de cristal tersa y diamantina, nos procura la sensación de la placidez virgiliana y de la salud plena y varonil. Licor de los poetas, de los guerreros, de los sabios y de los campesinos, es ciencia en Helicon y genio en Castalia, castidad en Dasnópolis y salud sobre el Aventino; romántica en las selvas y legendaria en los arroyuelos, avanza majestuosa en los ríos que deslindan las patrias; sana, cura y fertiliza en círculo magno e inmacula en la frente en forma de cruz; llevada hasta el mar insondable por la vertiginosidad de los cauces, se eleva nuevamente a las nubes para fertilizar la tierra ubérrima y para que sobre sus ondas flote, como en el Génesis omnipotente y vivificador, el eternal espíritu.

Acre, turbio, fermentador, ardiente y áspero, el alcohol desarregla las funciones orgánicas, entenebrece las ideas, debilita las fuerzas, altera y embrutece la sensibilidad, lleva la tristeza al cerebro y la crueldad al pecho más noble. Llevado a nuestros labios, nos procura la falsa sensación momentánea de los tósigos y los excitantes. Bebida de los degenerados, de los débiles, de los aturdidos y de los incapaces. Es relajamiento en el Panteón, vergüenza en el rito mosaico, defecación en Cilicia y bochorno en Capua. Destilado en el alambique por la industria, lleva a la decadencia a los pueblos más florecientes y a la esclavitud a los más fuertes y victoriosos, y

cuando por excepción se irisa coronándose de topacios, rubies y esmeraldas en la copa de un gran poeta, ese poeta muere vilipendiado, dejando por herencia a su patria la corrupción que ha de purgar con sangre de libertadores.

Y el vino triunfa; la prensa lo dice, y de ello, con razón se lamenta; la anacreónica humilla a la bucólica, el alcohol se adueña de la tabla de los festines y de la cantimplora de los peregrinos. Un axioma terrible le concede la supremacía sobre todos los manantiales y todas las linfas. El alcohol envilece, perturba, mata, pero amortigua el entendimiento, eclipsa las ideas, da al cerebro un estupor de nublación y de éxtasis y ¡en el mundo es muy triste pensar!

¡Qué verdad tan cruel! Necesitamos olvidar, como la princesa durmiente y los protagonistas de las zarzuelas cursis. Carecemos de energías para afrontar la adversidad, para soportar los rigores del medio, para mostrar nuestro vigor de hombres y, llenos de timidez y de cobardía, buscamos en el alcohol energías tomadas a préstamo usurario. Y entonces, ingerido el breva que nos excita para abotagarnos, erguirnos, alborotamos, hacemos gala de nuestra sangre de león, que ha de convertirse en sangre de cerdo. Golpeamos a nuestras mujeres, débiles y llorosas, en vez de protegerlas y cortarnos la mano que las ofendió, como el héroe de Apeles Mestres; por ancianas, por desabridas, por ignorantes, por torpes que sean, estaban bajo nuestro amparo, y nosotros abusamos del poder ficticio del licor ingerido para maltratarlas, sin perjuicio de rodar después como un fardo ante sus miradas compasivas, y en un momento de exaltación nos mostramos a los ojos de todos brutalmente sensuales, envidiosos, retadores; exponiendo en un una hora la tranquilidad y los fines de toda una vida y borrando de nuestras pupilas, de mirada idiotizada y vaga, todo destello de divinidad.

Y luego, envenenamos la especie. Por unas horas de falsa bravuconería, afrontamos los peligros de la tuberculosis, del cáncer, de la horrible parálisis, y trasmitimos a nuestros hijos los gérmenes morbosos. Uno nacerá contrahecho y deforme; otro se erguirá a los siete años para sepultar la navaja homicida en el vientre de su compañero inocente: otro seguirá la senda sombría del Oswald, de «Espectros», para caer en la idiotez y la insensibilidad definitivas. Pero todo ello no nos importa; seguimos cantando la copla de Tulé, la canción maldita que llevó a la Margarita alemana al infanticidio; el brindis tenebroso de Macbeth junto a la sombra vengadora; la necia salmodia balbuciente de Falstaff y de Gargantúa. Y una pseudoliteratura acaricia nuestros oídos con las resobadas estrofas bohemias, los gritos espasmódicos de los «paraisos artificiales», sin presentir las pesadillas de Verlaine y de Edgardo Allán, ni el trágico final obligado de toda saturnal diónisiaca.

Seguimos ignorantes de nuestra debilidad y degeneración rindiéndolo parias al viejo y corrompido Arcipreste y al poeta mediano de Alcázar, que dijo que la taberna fué invención peregrina, hasta que llega la exhibición grotesca del ebrio callejero, la miseria, el hospital y el transporte

en la mal oliente camilla al depósito.

Hay que olvidar... Pensar es triste. Hé aquí la aparente disculpa del alcoholismo. Pero es más triste embrutecerse, dejar de ser hombre, encanallarse y morir como un can. Y el Estado debe salir al paso de esa degeneración, que pone su existencia en peligro: contener a esas turbas que convierten las plazas de las capitales en zocos, y sus calles en galerías de presidios. Debe prohibir la venta de bebidas espirituosas, como ha hecho ya en todas las naciones civilizadas, antes de que se nos imponga desde fuera tan elemental medida de higiene. Lo agradecerán las mujeres, los niños, los hombres de veras, que no usan navaja, ni facones, ni hojas cachicuernas, ni tienen otras armas que su honradez y su cultura. Economizará mucha sangre, sembrará progreso y bienestar y, llegando el caso, cosechará heroísmo. Fuentes por todas partes; agua cristalina, que nos purifique y nos sumerja en el nuevo Jordán europeo; corrientes saludables que acaben con la postración del populacho ignaro o semiculto y con la miserable complicidad de unos gobernantes, más atentos a sus planes premeditados que a salvar a un pueblo destinado, en muy breve plazo, a transformar todas sus costumbres o a morir sin decoro.

ANTONIO ZOZAYA
Español

TENGO UNA NOVIA

Tengo una novia: niña de seno floreciente, rosa que el sol del campo con múrice ha teñido; una rosa entreabierta que semejara un nido y Lafontaine hubiera puesto junto a la fuente sobre todas las reinas de su reino florido.

Yo la evoco en su blanco traje de jardinera entre melones de oro, bajo la primavera: matinal jardinera de Watteau, en un exiguo cuadro maravilloso de comedor antiguo.

Por ella he recogido, tras de muchos dolores, hojas de laurel, hojas que ornaran mi pradera. Un color de esmeralda tiene su enredadera, una lluvia de arco-iris vierte sobre las flores... Mi corazón se ablanda bajo del arco-iris: la flor recibe el agua, mas yo recibo el iris.

FRANCIS JAMMES

VESPERTINA

Te vas por el camino polvoriento que en la triste llanura se dilata, mientras el gran crepúsculo de plata se oscurece como un presentimiento.

Calladamente vas, a paso lento por la penumbra gris. Y se dilata el aire de la noche.---«¡Adiós ingrata!» gime en la voz del aire, el pensamiento.

Me despedí sin llanto y sin lamento: ---«¡Qué muda está la pena que me mata!» ---«¡Ya estoy sola otra vez!»---dijo; y me siento a esperar el instante que rescata de toda angustia y todo sufrimiento... Y aun te columbro en el confin de plata marchar por el camino polvoriento.

LUIS G. URBINA



Don José B. Acuña, quien a principios de la guerra europea se alistó como voluntario en la Legión Extranjera en Francia.

*

Por carta de los señores Rosing Bros y C.^o, fechada en Londres el 8 de mayo pasado, hemos sabido el regreso para fines del presente mes, de este buen hijo de Costa Rica, quien a pesar de la vida comfortable que hacía en Londres, como estudiante de Medicina, no vaciló en aportar su valioso contingente al lado de Francia y de sus aliados, durante la gran guerra.

Insertamos en esta página el retrato del joven Acuña Zeledón, que como cirujano y como militar obtuvo en el frente las más altas recompensas.

Siete condecoraciones brillan sobre el pecho de este patriota: desde la cruz de guerra hasta la estrella de bronce y la estrella de oro, como lo dicen las siete citaciones que hemos leído en los documentos franceses.

La gran revista «América Latina», publicó la fotografía del doctor Acuña, entre una crónica de Gómez Carrillo y los diarios locales y la revista «Eos» fragmentos de cartas, bien pensados y mejor sentidos.

Felicitemos calurosamente al joven Acuña por los lauros alcanzados, y hacemos extensiva esa felicitación a sus padres don Basileo Acuña y doña Isolina Zeledón de Acuña.

Altas Letras

Moisés

Cuéntase de muchos que han ganado el señorío de las gentes, y asentado su dominación en las naciones por fuerza del hierro: de ninguno se cuenta sino de Moisés que haya fundado su señorío incontrastable con sólo la fuerza de la palabra. Alejandro, Mahoma, Ciro, llevaron por el mundo la desolación y la muerte, y no fueron grandes sino porque fueron homicidas. Moisés aparta su rostro lleno de horror de las batallas sangrientas, y entra en el seno de Abraham, vestido de blancas vestiduras y bañado de pacíficos resplandores. Los fundadores de imperios y principados, de que están llenas las historias, abrieron las zanjias y echaron los cimientos de su poder ayudados de fortísimos ejércitos y fanáticas muchedumbres.

Moisés está solo en los desiertos de Arabia, rodeado de un gigantesco motín por seiscientos mil rebeldes, y con estos seiscientos mil rebeldes, derribados en tierra por voluntad soberana, se compone un grande imperio y vastísimo principado. Todos los filósofos y todos los legisladores han sido hijos, por su inteligencia, de otros legisladores, y de más antiguos filósofos; sólo Moisés está sin antecesores.

DONOSO CORTES

Los dos caballeros

Don Quijote y Sancho son como los dos cabos de un hilo que Cervantes junta para cerrar el circuito de la vida humana: como las dos puertas por donde el dolor y el engaño hacen su entrada en el mundo. Profundas e incurables son las heridas del hidalgo; ligeras, como a flor de piel son las del escudero; sufre aquél con la derrota porque destierra su nombre; éste más filósofo, de los manteos se burla si tiene llena la andorja. Cuánto goza el lector siguiendo, absorto y embebecido, el viaje de aquellos dos hombres que parecen tan reales como los personajes históricos.

Ríe uno, pero también sufre; agrada la simplicidad de Sancho, pero torturan las malandanzas de Don Quijote; encanta ver a aquél

rollizo y sano, jocoso y práctico, incapaz de coserse la boca, pero duelen los artificios con que Altisidora engaña al casto y noble caballero; duelen los irrespetos y ultrajes que recibe el sublime loco, el de la clara locura, que tan a lo serio toma la vida, atormenta esa tenacidad que fracasa siempre, esa lucha inacabable de un gran corazón que equivocó las armas, ese salir, cada vez con más brío, refugiado en la cumbre de su ideal, pálido y enjuto, en busca de los necesitados: ese morir al fin, decepcionado y abatido, morir que los idealistas perdonamos a Cervantes, sólo por creer que del todo no ha muerto, que en la mejor hora tornará a levantarse el mejor caballero, el más generoso luchador que ha conocido el mundo.

ALFONSO ROBLEDO

La antigua Palestina

Pero la antigua Palestina de los ríos de leche y de miel ha sido borrada del mundo, a medida que ha ido llenando su misión profética: la tierra se ha agrietado y ha perdido su expresión, como la cara de un viejo enfermo; los árboles se han caído como sus cabellos; la luz se ha entristecido en la neblina como su mirada; se han hundido las murallas, han desaparecido los palacios del Líbano y los de Jerusalén, y el templo mismo de Jehová. También se han perdido para siempre los millares de cantos del poeta; brillaron sus inspiraciones y fueron tragadas por el olvido, como si la espada de un gigante invisible hubiera flameado un momento al ser desenvainada en la obscuridad.

Sólo uno de esos cantos nos ha quedado: el canto precisamente que conserva el espíritu del Huerto Cerrado, que también vive aún en plena eflorescencia en medio de las rocas basálticas de Jerusalén; el canto que pronuncia y simboliza la fecundidad virginal del Paraíso en que brotó el verbo a la evocación del amor divino.

Sólo él nos queda de la obra del más sabio de los humanos: ese canto, de soberana hermosura se llama El Cantar de los Cantares.

JUAN ZORRILLA DE SAN MARTÍN

La Celda

Los monjes tonsurados se pasean allá abajo, silenciosos y meditativos, rosario en mano y

miden lentamente, de pilar en pilar, de tumba en tumba, el pavimento del claustro que habita un débil eco.

Tú, ¿son esos tus ocios, joven recluso, que solo en tu celda te diviertes en trazar figuras diabólicas sobre las blancas páginas de tu libro de oraciones y en pintar con un ocre impio las mejillas huesosas de esa cabeza de muerto?

El joven recluso no ha olvidado que su madre es una gitana, que su padre es un capitán de ladrones; y preferiría oír mejor, al despuntar el día, la trompeta tocando a botasillas para montar a caballo, que la campana llamando a maitines para correr a la iglesia.

No ha olvidado que bailó el bolero bajo las rocas de la sierra de Granada con una morena de zarcillos de plata, de castañuelas de marfil; y preferiría hacer el amor en el campo de los bohemios que rezar a Dios en el convento.

Una escala ha sido trezada, en secreto, de la paja del camastro; dos barrotes han sido serrados sin ruido por la lima sorda, y del convento a la sierra de Granada hay menos distancia que del infierno al paraíso.

Apenas la noche haya cerrado todos los ojos, adormecido todas las sospechas, el joven recluso encenderá de nuevo su lámpara y se escapará de su celda a pasos furtivos, con un trabuco bajo el hábito.

ALOYSIUS BERTRAND

EL BANQUETE DE LA VIDA



LA VIDA

No espere de mí el lector una definición de la vida: tarea es esta harto ardua para mí y aun para muchos que parecen gozar de capacidad suficiente. Recorro a mi diccionario, como depósito donde ha de existir sabiduría almacenada para las deficiencias intelectuales de los individuos, y hallo: «*Vida*.—Resultado del funcionamiento de los órganos». No me satisface; porque sólo me habla de efecto y no de causa. Efectivamente: *resultado*, producto de una acción, de un hecho, de un principio; *funcionamiento*, manera de obrar de un sér o de una cosa;

órgano, parte de un ser organizado, destinada a llenar una función necesaria o útil a la vida—. Todo eso ¿por qué? No lo sabe el diccionario, ni yo, y no añadiré «ni me importa», porque asalta mi recuerdo este pensamiento de Letourneau en su *Psicología étnica*: «Las cuestiones de origen y de esencia, hay que legarlas a una ciencia futura mejor armada y más penetrante que la nuestra; mas si el *porqué* de las cosas se nos escapa, el *cómo* queda accesible a nuestra investigación», y esto me tranquiliza.

No obstante, esa ciencia «más penetrante» está a punto de constituirse, o a lo menos esa impresión causa de brillante resumen que Hæckel en *Los Enigmas del Universo* cuando trata de los progresos en los conocimientos naturales realizados durante el curso del pasado siglo, que han demostrado la unidad de las fuerzas de la Naturaleza, y han traído consigo el descubrimiento de la ley de la substancia, ley cosmológica universal que demuestra la permanencia de la fuerza y la de la materia en el universo.

Dejando, pues, el porqué y fijándose en el cómo de la vida humana, en lo referente a mi objeto en este trabajo, observo un desacuerdo inmenso en el progreso de las ciencias; porque mientras las denominadas naturales alcanzan grandísimo esplendor, respecto de la sociología, ciencia pobre y desdenada como demagógica por la enseñanza oficial, hé aquí lo que Hæckel se ve obligado a declarar: «Mientras contemplamos con legítimo orgullo los grandes progresos realizados por el siglo XIX en la ciencia y sus aplicaciones prácticas, un espectáculo desgraciadamente muy diferente se nos presenta si consideramos otros aspectos no menos importantes de la vida moderna. A pesar nuestro, hemos de suscribir aquí esta frase de Alfred Wallace: «Comparados a nuestros admirables progresos en las ciencias físicas y sus aplicaciones prácticas, nuestro sistema de gobierno, nuestra justicia administrativa, nuestra educación nacional y toda nuestra organización social y moral han quedado en *estado de barbarie*».

Hé aquí el problema: sabios que, a fuerza de método y sagacidad, han desentrañado profundos secretos naturales; que con el genio se han anticipado al conocimiento con hipótesis que abarcaban el universo y valían tanto como el pensamiento atribuído al creador en la leyenda genesiaca; que no han

temido la excomunión ni la hoguera al aniquilar la revelación y desvanecer el dogma, llevando con orgullo el dictado de *herejes*, contentándose con lamentos de ignorante, temiendo ser declarados *rebeldes* si, siendo lógicos, opusieran la verdad y la razón a la absurda constitución de la sociedad, que es contraria a la vida y a la ley, que prescribe lo que la justicia proscribiera, sin considerar que, destruyendo las creencias,—que son ligadura y redil,—se imposibilita la obediencia,—inaceptable al hombre libre y consciente—; o quizá, culpables del crimen de lesa humanidad, pensarían con cierto filósofo: la canalla necesita la divinidad y la vida ultraterrena; así pueden ser pobres, ignorantes, trabajadores y hambrientos por añadidura.

Pues no señor: la vida es acción y progresión, y el movimiento no se detiene, ni el progreso se estanca. Todo lo que vive exige el libre funcionamiento de sus órganos, y con mayor motivo el hombre, que es el organismo más complicado de nuestro planeta: para facilitar ese funcionamiento, y porque ha podido, ha creado y perfeccionado una industria, ha constituido una sociedad, y con tan poderosos auxiliares ha extendido su vida por el sentimiento, por la inteligencia y por la voluntad a las profundidades, a las distancias y a las alturas de lo absoluto y de lo infinito. Y la virtualidad de la vida es tal, conste a los comensales privilegiados del banquete de la vida, que cuando se le comprime de algún modo estalla en un terremoto, en una tempestad, en una revolución, en una enfermedad, en una epidemia, como resultado potente de anteriores quejas, protestas, contrariedades, rozamientos y mínimas rebeldías.

Inútil discusión—lo consigno como resumen y recuerdo—la sostenida acerca del concepto de la vida entre esa multitud de escuelas que oscilan desde el sibaritismo hasta el estoicismo: ni todo es exclusivamente sexo y estómago, ni tampoco contemplación ni meditación; no solamente de pan vive el hombre, sino también de la palabra expresiva de la verdad. En el hombre y en la mujer material y moralmente bien equilibrados, cada necesidad forma rápidamente un deseo, el cual tira de su nervio y avisa al cerebro; éste ordena su inmediato cumplimiento a la voluntad. El cumplimiento regular de esas órdenes es la vida humana: para

facilitarle y distribuir ese beneficio sin limitación se instituyó la sociedad, aunque digan otra cosa los usurpadores que quieren vivir con privilegio exclusivo.

ANSELMO LORENZO

CUENTO SEMANAL

La última visita

—Señora León, deje usted esa blusa, ya la concluirá mañana. Prefiero que ahora arregle las mangas del abrigo de mi marido. Pero ¿qué le pasa a usted? Tiene usted los ojos como de haber llorado.

—Nada, señora; no, nada.

—¿Cómo que no! Vaya, dígame usted con franqueza lo que le ocurre.

—No quisiera ni acordarme de ello, señora... Hoy hace cuatro años que mi pobre hijo...

—¡Ah! ¿Se le ha muerto a usted un hijo?

—¡Y de qué manera!

—No le preguntó a usted...

—¿No ha oído usted hablar de Bucheux?... Era el nombre de mi marido. Aquí, en París, no ha sonado... porque la cosa pasó allá, donde vivíamos, en provincias... Vefá usted. Me casé a los 20 años con un hombre que tenía uno menos que yo.

—¿Se enamoraron ustedes?

—No, señora. Eramos primos. Fué una idea que nos dió de pronto, porque, como ya nos conocíamos... Nos queríamos como primos; pero nunca se nos había ocurrido querernos de otro modo. Estuvimos casados seis semanas. Murió de una pulmonía. Yo quedé en estado interesante, y a los ocho meses tuve un hijo.

La pulmonía la había cogido mi pobre marido en el entierro de una tía suya, que tenía una mercancía en el pueblo donde vivíamos. Yo me quedé con la tienda, pues no teniendo familia prefería esto a tener que ir a coser por las casas. Y me puse a criar y a educar a mi hijo sin querer casarme por segunda vez, a pesar de tener muchos pretendientes, pues decían que no era mal parecida.

Mi hijo creció bien. Le hice ir a la escuela y era de los más aplicados, y puede decirse que el más listo de todos los muchachos, en aritmética y en gramática era siempre el primero. Hasta que tuvo 18 años, no tuve de él la menor queja; al contrario, sólo me dió satisfacciones y alegrías. Nunca salía de casa; se pasaba las horas muertas leyendo. Yo creía que eso era bueno, y sin embargo eso fué lo que le trastornó la cabeza. Respecto a cuestión de faldas, había salido a su padre; tan tranquilo, que cuando nos casamos era tan inocente como yo. Hasta que un día, señora, mi hijo conoció una señora casada con un comerciante de la localidad.

Una tarde fué y me dijo:

—Madre, necesito imprescindiblemente cuatro mil francos.

Sabía mi Enrique que yo tenía algunos ahorros. Como es natural, le pregunté para qué los quería. Al pronto no quiso decírmelo; pero hé aquí que va y me cuenta toda la historia: que sí tenía mucho que ver con tal señora, que si su marido iba a quebrar y que él quería impedirlo...

Claro, yo me negué. ¡Cómo se puso! ¿Pero qué quiere usted? Yo no estaba dispuesta a darle una cantidad tan grande. Todo cuanto tenía para él lo guardaba. Además, sabía yo hasta dónde iría a parar? Y sobre todo, eso de dar el dinero así como así.

—¡Ah te niegas—me dijo!

—Pues iré a pedírselo a mi padrino.

Su padrino vivía en las afueras del pueblo, en la última casa. Era un tonelero, de unos 80 años de edad.

—Conozco perfectamente a tu padrino—le dije: puedes estar seguro de que no te prestará ni un céntimo, hijo mio. Y lo peor es que te indispondrás con él.

¡Sí, sí! ¡Qué si quieres! Fué, a pesar de todo. Esto ocurrió poco antes de la hora de cenar. Le estuve esperando hasta las 11 de la noche y me metí en la cama.

Me levanté algo intranquila.

Pero en fin, era aquella la primera noche que había pasado fuera de casa.

Era día de mercado, y me fui a la plaza con mi cesto al brazo muy de mañana, y verá usted, señora, lo que oí decir.

Eran dos viejas del campo, dos vendedoras de hortalizas que estaban hablando.

—Sí—decía una de ellas—no ha debido hacer resistencia. Un viejo de más de 100 años! Le han machacado la cabeza con un candolabro de cobre.

—Debe haber sido algún vagabundo, que habrá creído que el pobre tonelero tenía dinero en su casa.

No sé, señora, cómo al oír aquello no me caí redondo. Me entró un temblor por todo el cuerpo... No sabía siquiera dónde estaba. Sólo oía como un rum rum, que no se acababa nunca, el cacareo de las gallinas y los pregones de los vendedores. Después oí hablar de la cosa a otra persona. Decían que el crimen lo había cometido un soldado que estaba en el pueblo con licencia. Al oír aquello me sentía feliz, feliz como no lo había sido nunca. El vocerío del mercado ya no me zumbaba en los oídos.

No recuerdo lo que quise comprar en un puesto. Al acercarme oí hablar de la misma historia y decir a una vendedora:

—La criada del boticario había dicho que no se sabía quién había cometido el crimen.

Yo me acerqué y le dije:

—¿Ha sido un soldado?

—No, no—me contestó—. Es cierto que han detenido a un soldado; pero después lo han puesto en libertad. Ha podido probar dónde estaba cuando se cometió el crimen.

Volví a casa sin haber hecho la compra. Estaba como loca. Y al entrar en el cuarto de mi hijo qué dirá usted, señora, que vieron mis ojos? A Enrique con el cubo de agua en el suelo y lavándose el abrigo,

Empecé a gritar, a llorar, sin saber lo que me hacía. El también lloraba, y me decía que me callase.

—¿Pero qué es lo que has hecho, hijo mio?

Y mis ojos eran un mar de lágrimas... como ahora.

—¿Y no le dió a usted un poco de miedo, estar sola con él?...

--- ¡Miedo de mi hijo, señora!

Ah! lo que me daba era lástima!... El pobre estaba allí quieto, sin pensar en huir de los gendarmes. Yo fui la que pensé en ello. Pero no podía marcharse por la estación. Como montaba muy bien en bicicleta, le di dinero para que comprase una, pues la suya la había vendido por culpa de aquella mujer, y para que pudiese vivir algún tiempo lejos de allí. Me besó mucho y me dejó sola para esconder su ropa. No tenía manchas; pero estaba mojada, y aquello hubiera podido darle qué sospechar. Cuando se hizo de noche la enterré en el jardín.

En dos días no ví a nadie. Al tercero fueron dos hombres de la comisaría preguntando por mi hijo. Y también el juez. Buscó éste por todas partes sin encontrar nada. Yo le dije que mi Enrique se había marchado del pueblo hacia muchos días. ¡Y si hubiese usted visto lo tranquila que estaba! ¡Yo, que soy tan vergonzosa para hablar a la gente!... ¡Nunca me hubiera creído capaz de aquello, de tener tanto aplomo para mentir de semejante manera!...

Pero no había remedio.

Me parecía que todo iría bien. No había grandes pruebas contra Enrique, y éste tardaría en volver. Hubiese podido ponerse en salvo muy fácilmente. Pero querrá usted creerlo, señora? A los 2 días de esto volvió al pueblo. No podía estar lejos de aquella mujer. Mi pobre hijo era un buen muchacho, muy corto de genio, pero desde que se enamoró, nada le acobardaba. Volvió para verla pasar. Rondó su casa por la calle de las Chozas. Entonces fué cuando le vió un muchacho. Este se lo dijo a otro que sabía que le andaban buscando, y que se lo dijo a Chavalet, el guardia. Y Chavalet con otro compañero no tuvo más que ir aprenderle en la esquina de la calle, como se coge a un pajarito recién nacido con la mano.

Todos mis vecinos se portaron muy bien conmigo. Nadie dejaba de mostrarse amable, y hasta me parece que les satisfacía serlo. Y todos me martirizaban, repitiéndome sin cesar que yo tenía la culpa de haber echado al mundo un ser desnaturalizado. Decían que era un criminal empedernido, un monstruo espantoso, porque la cabeza de la víctima estaba machacada a golpes. Yo estaba cierta de que todo había sido un arrebatado de locura y de que si había golpeado al viejo como un salvaje, lo había hecho sin saber lo que hacía. ¡Bastantes veces se lo dije a su abogado! Pero éste no dijo ni siquiera una palabra de ello. Creo que hicimos mal en nombrarle. ¡Qué ira sentí al oírle durante toda la vista! ¡Veía que sólo pensaba en lucirse y todo se volvía: «Señor presidente, por aquí, señor fiscal por allá...» Nuestra desgracia le importaba un pito.

El momento terrible fué cuando se retiró el

jurado, y nuestra espera en la sala de audiencia. El ugiér entró en la sala antes de que los jurados hubieran terminado. Acababa de llevarles luces. Dijo unas cuantas palabras a los abogados y todos ellos me miraron.

Cuando hicieron salir a Enrique para leerle la sentencia, la escuchó de pie. Después echó una mirada alrededor, como buscándome. Pero no me vió. Y salió tan tranquilo, que parecía que allí no había pasado nada.

Yo no había dicho al abogado ni una sola palabra de Fany, la mujer aquella, porque Enrique me había hecho jurar que no la nombraría... Ya comprenderá usted que yo no la podía ver ni en pintura, porque ella tenía la culpa de tanta desgracia. Además, no había dado señales de vida desde que metieron a mi hijo en la cárcel. Cuando Enrique me hablaba de ella y me parecía que estaba triste por no verla, yo hubiera querido poderle consolar; pero me era imposible, porque la verdad, sentía celos al ver que yo presentaba menos para mi hijo que la tal Fany.

El abogado fué a París para conseguir el indulto, y todos decían que hacía muy bien en interesarse y en ir a ver al Presidente de la República. Pero yo creo que sólo fué por darse tono y hablar con el Jefe del Estado.

--- Debieron ser aquellos unos momentos terribles para usted!

--- Me horroriza sólo recordarlos, señora. ¡Qué días! ¡Qué noches!...

Al fin, una tarde llegó él... hombre aquel con sus ayudantes.

Serían las 7, aproximadamente. Yo había visto a Enrique el día antes por la mañana, y sólo tenía permiso para volverlo a ver dos días después... No podía separarme para siempre de mi hijo, sin darle el último adiós.

Sabía perfectamente que no se podía entrar en la cárcel para visitar a los presos. Pero yo conocía al señor Bellot, jefe de los carceleros, y pensé que quizá él me permitiese entrar. Cuando me presenté en el comedor de su casa (de qué cosas más tontas se acuerda una; siempre me parece estar viendo la ensalada en la mesa), estaba cenando, con su mujer y sus hijos. Entré, como digo, y me eché a llorar sin poder decir una sola palabra. Ya sabía él a qué venían aquellas lágrimas, y lo que iba a pasar al amanecer del día siguiente, pues no me preguntó por qué lloraba.

--- Señor Bellot --- le dije --- yo quiero verle.

--- ¡Ah, señora! --- me contestó. ¡Eso es imposible! Me dejarán cesante de seguro!

Pero me vió tan desesperada que le dí lástima y me dijo que iría con él a dar vuelta de inspección, y que al pasar por la puerta de mi hijo podría detenerme unos segundos para darle un beso...

Y al poco rato empezamos a andar por las galerías. Era una cárcel muy antigua, y por la noche todo era allí sombras. Apenas si se distinguían las luces al final de las galerías. El señor Bellot llevaba una linterna en la mano que únicamente iluminaba el suelo.

Subimos al segundo piso y nos detuvimos ante una puerta.

¡Aquí es --- me dijo ---. Dele usted un beso por la ventanilla.

--- Hucheux --- dijo a media voz. Aquí hay una persona que quiere darle un beso.

Entonces adiviné que estaba junto a la puerta de mi hijo, y oí que decía en voz baja:

--- ¿Eres tú, Fany?

Y al mismo tiempo apretaba su cara contra la mía y me besaba como no me ha besado nunca nadie...

--- ¡Pobre mujer! Lo que habrá usted sufrido al ver que pensaba en otra persona.

--- Verá usted, señora. No; yo no pensaba gran cosa en eso. ¡Le veía tan contento! ¡Tan contento!... ¡Aquel beso me lo estaba diciendo tan claro! Mi único temor era que él notase su equivocación. Así es que me separé de él más tranquila, cuando el carcelero me arrancó de la puerta.

Y aquella última noche que tanto pavor me daba, y que me figuraba que no podría resistir ¿lo creerá usted? pues la pasé durmiendo de un tirón, hasta bien entrada la mañana. Al levantarme, sentí al pronto una angustia tremenda, al pensar que todo había concluido.

Después pensé que mi pobre hijo había recibido un gran consuelo antes de morir. Me puse a hacer ganchito, y así estuve hasta la noche, sin decir palabra hasta que terminé un «jersey» que había empezado hacia días.

TRISTAN BERNARD

LA RONDA NOCTURNA

Noche cerrada, tormentosa, oscura,
fuera. Duerme en tinieblas el convento.
La arboleda está inmóvil. No fulgura
ni una estrella en el torvo firmamento.

Todo dentro es mudez. Flébil murmura
solo, de raro en raro, el són del viento...
Un rasgar de sudarios en la altura,
pasos de espectros en el pavimento...

De súbito rechinan las pesadas
puertas... El eco imita sordamente
leve rumor de voces apagadas...
Y al temblor de una lámpara luciente,
del claustro do las tácitas arcadas
va la ronda nocturna lentamente.

OLAVO BILAC

(Olavo Bilac, nació en 1865, en el Brasil y acaba de morir. Lo más intenso de su obra son los sonetos amorosos que intituló *Via-Láctea*. Guillermo Valencia, cuyas versiones no son *tapetes al revés*—porque les pone el sello de su ingenio—ha hecho últimamente hermosas traducciones de Bilac.)

LE CONVIENE a usted empastar sus libros en el Taller de Encuadernación de los señores FALCÓ & BORRASÈ, pues los precios son económicos y el trabajo elegante y bien acabado.

Dirección: 7.ª Avenida, Este 42, San José.

Lea los cuadernos de RENOVACIÓN.

La vida futura

Siento en mi sér la vida futura. Soy como el árbol que más de una vez ha sido talado. Las nuevas raíces son las más fuertes y vigorosas; y es que asciendo, lo sé, hacia el cielo.

El sol derrama su luz sobre mi cabeza.

La tierra me da su savia generosa, en tanto que ilumina mi alma la clara intuición de mundos desconocidos.

Se dice que el alma no es más que la resultante de las fuerzas corporales. ¿Por qué entonces, es mi alma más lucida y activa cuando comienzan a decaer mis fuerzas corporales? El invierno está en mi cabeza, y en mi corazón una eterna primavera.

Ahora respiro la fragancia de las lilas, de las violetas y de las rosas, como a los veinte años. Mientras más me acerco al fin, con más claridad percibe mi oído las inmortales sinfonías de los mundos, que hacia sí me atraen.

Esto es maravilloso, y, sin embargo sencillo.

Parece un cuento de hadas, y, no obstante, es una historia.

Durante medio siglo he escrito mis pensamientos, en prosa y verso; historia, filosofía, drama, romance; tradición, sátira, oda y canto todo lo he ensayado; y sé que he dicho la milésima parte de lo que hay en mí.

Cuando baje al sepulcro, podré decir como muchos otros: «He concluído mi tarea»; pero no podré decir: «He terminado mi vida». Mi tarea empezará de nuevo al siguiente día.

La tumba no es una alameda cerrada, es un camino libre. Se cierra al crepúsculo y se abre al alba. Yo progreso a cada instante, porque amo este mundo como mi tierra natal, y porque la verdad me compele como compelia a Voltaire aquella humana dignidad. Mi trabajo es sólo un principio. Mi monumento sobresale escasamente de su cimiento. Yo sería feliz si lo contemplase elevándose eternamente.

La red de lo finito prueba lo infinito.

VICTOR HUGO

La Estatua

Un día, en charla amena y fraterna, alguien hablaba a Rubén Darío, con frivolidad indiscreta, de la consagración de su gloria en el mármol, el día en que su nombre y su obra fueran ya el patrimonio de la posteridad.

—«El busto sobrevive a la ciudad» según Gautier, y no será, sin duda, un solo momento

el que se alzaré, ni en un solo lugar, como símbolo de la supervivencia de la obra de Rubén Darío. ¿Dónde se alzaré el primero?

—En Nicaragua, dijo sencillamente el poeta, o en la Argentina.

Y se habló de otra cosa.

El cable nos trasmite, sin embargo, una noticia que modifica esencialmente ese vaticinio del poeta en el ara de sus dos patrias, la natal y la adoptiva. Un grupo de escritores y artistas de Madrid, entre los cuales se cuentan Pio Baroja, Valle Inclán y los Romero de Torres, ha tomado la iniciativa de erigir un monumento a Rubén Darío en uno de los principales paseos de la capital española. De esa suerte, se cristaliza ese noble propósito, en el viejo solar de las letras castellanas, dentro de las cuales representa Rubén Darío tan profunda y brillante revolución, será donde se alzaré el primer monumento en su honor.

Mañana, cuando allí se levante la efigie del poeta en mármol impoluto, que, mejor que el bronce rudo, cuadra a los tributarios del ensueño; cuando las rachas frescas acaricien aquella faz, que la piedra perpetuará eternamente joven, y ante el sencillo pedestal se detengan las nuevas generaciones, y se prosternen los que harán el arte de las edades futuras, los que llevarán, con la virtud del entusiasmo, el impetu de renovación y de conquista, creerán acaso oír una voz misteriosa que viene del pasado, y que les dice:

—Este poeta, cuya imagen aquí se perpetua, nació en el Nuevo Mundo, en un rincón fabuloso cuajado de selvas milenarias y coronado de ignívoros volcanes. Rudo debió haber sido su canto en mitad de esa naturaleza salvaje y bravía. Empero, él pidió alas a la imaginación y se forjó un paraíso artificial, y dueño ya de una Acrópolis de ensueño y de un París fantástico, rompió a cantar de un modo nunca oído en lengua castellana. El canto voló con alas de quimera por sobre las olas del Atlántico y trajo a España la nota nueva y joyante de su verso maravilloso. El canto voló y nos reveló tesoros ignorados, u olvidados ya en la cantera prolífica de nuestra poesía. El canto voló otra vez y nos trajo ritmos y acentos complicados de la intensa vida contemporánea. El canto volvió a volar y nos dió a conocer modos de expresión inusitados, refinamientos exquisitos, gemas, riquezas y golcondas, pedrería....Y más tarde, ese canto se sublimó: se elevó gradualmente como por imperceptible escala melódica y se fué haciendo cada vez más vigoroso y altivo, hasta que estalló, grandioso y formidable, como la voz de todo un continente. ¡Y el canto cruzó el mar, mas no con las alas de quimera, sino con vuelo de cóndor andino, y recorrió del uno al otro océano, y con fragor de trueno apocalíptico estremeció las vértebras del mundo.!

MAX HENRIQUEZ UREÑA

Bronces de Antaño

EDIT. POR LA BIBLIOTECA RENOVACIÓN

Bibliografía

El jardín de Epicuro

Bajo este sugestivo título ha salido de las prensas un nuevo volumen de la Biblioteca «Renovación».

Mano hábil ordenó este volumen escogiendo las más selectas prosas de Anatole France, ese gran espíritu que hace discorrir por el cauce del idioma las más graves cuestiones que agitan a la Francia Contemporánea.

Prosa fuerte, armónica, reflexiva. Novedad en la forma. Tendencias filosóficas definidas. Observación precisa.

Todo esto hace recomendable «El Jardín de Epicuro» que trae una bella portada, el retrato del autor, un notable prólogo, y nitidez y cuidado de parte de los editores.

Su precio ínfimo — treinta céntimos lo pone al alcance de aquellos lectores que se preocupan por adquirir bellos libros y formar biblioteca.

*

«Ortos»—Ha comenzado a publicarse en Cartago una revista que parece bien orientada. Se titula «Ortos» y la dirige el joven intelectual don Fernando J. Volio.

Le deseamos larga vida al nuevo colega.

VIDA SOCIAL

Ha sido generalmente sentido el fallecimiento del joven comerciante don Juan Carranza.

El jueves se efectuaron sus funerales y entierro.

Le hacemos presente nuestra condolencia a la apreciable familia del extinto.

—Regresaron de Puntarenas don Guillermo Pacheco y señora.

—También tornaron a esta doña María Isabel de Robles y sus niños.

—Llegó del Guanacaste don Macabeo Vargas.

—En esta se encuentra doña Estela de Guido.

—Saludamos por acá a don Teodoro Roiz.

INFORMACION

Está para llegar a Costa Rica una delegación del Partido Unionista Centroamericano.

La delegación la componen los señores don Rodolfo Espinosa, don Eduardo Aguirre Velázquez, don Alberto Masferrer y el doctor don Manuel T. Barahona.

La Nacionalidad—órgano del Partido—dice: «Esta delegación será integrada, además, en San José con el Licdo. don Claudio González Rucavado».

* Según los cablegramas de la prensa extranjera ha sido convenido el pago de las deudas de Alemania, y a estas horas debe estar firmada la paz.

* La Cruz Roja costarricense se encuentra actualmente en Potrerillos.

En estos días se desató una tempestad eléctrica en ese sitio y causó daños entre el ganado vacuno y caballar.

* Según aviso del correo del 23 del corriente en adelante, de acuerdo con nuevo itinerario de trenes las balijas para Limón y lugares intermedios se cerrarán los días domingo, martes, jueves y sábado a las 8 y 40 a. m.

Los días lunes, miércoles y viernes desde la vispera, a las 8 p. m.

OBRAS EN VENTA DE JOSÉ INGENIEROS

«La Revolución», un tomo en rústica.....	₡ 6.00
«La cultura filosófica en España», pasta.....	4.00
«Al margen de la ciencia», pasta.....	3.00
«La simulación de la lucha por la vida», pasta.....	5.00
«El hombre mediocre», pasta.....	5.00
«Italia», pasta.....	3.00

DICKENS(CARLOS)

<i>La voz de las campanas</i>	1.25
<i>Casa por alquilar</i>	1.25
<i>El abismo</i>	1.25
<i>El secreto del ahorcado</i>	1.25

FALCÓ Y BORRASÉ

IMPRESORES-EDITORES

IMPRESA : LIBRERÍA : ENCUADERNACIÓN : CASA EDITORIAL

PUBLICACIONES DE LA CASA: LECTURAS : EOS : RENOVACIÓN

DIRECCIÓN: 7ª AVENIDA, ESTE, 42, APARTADO 638: SAN JOSÉ, COSTA RICA

COMPañÍA INDUSTRIAL EL LABERINTO

LA MÁS IMPORTANTE Y PODEROSA DEL PAÍS

Fabricación de **Tejas** de cemento, **Jabón** de varias clases y **Tejidos** de algodón.
Superiores en calidad y más baratos que los que se importan del exterior.

APARTADO 105 -:- SAN JOSE, COSTA RICA -:- TELÉFONO 254

La Europa

Es el HOTEL RESTAURANT más «confortable» y más a la moda del país. Cocina suculenta dirigida por el dueño, que está acreditado como el «chef» más renombrado de la República. Habitaciones altamente higiénicas : Servicio esmerado a todas horas.

CARLOS VENTURA

TELÉFONO 327 -:- SAN JOSE, COSTA RICA -:- APARTADO 72

COLEGIO MONTERO

Con internado

Se enseña Inglés en todos los grados : Kindergarten, Educación Primaria y Secundaria de acuerdo con los programas oficiales : Clases nocturnas de Inglés y de Contabilidad : Clases de Música (piano, violín, etc.) : Pida prospectos : TELÉFONO 1178.

Nosotros

La Empresa de Funeraria de MANUEL CAMPOS Y HERNOS., la más antigua y mejor montada del país, cuenta con los mejores servicios y no engaña al público con precios falsos ni descuentos. Responde de los servicios que contraten sus agentes. Pase a nuestra casa para enseñarle los documentos que para hacer una explotación en perjuicio del público nos hizo la otra empresa. Se atienden órdenes a toda hora de día y de la noche. Teléfono 330.

Lecturas . Eos . Renovación

La mejor surtida : La más barata

Librería **TORMO** Papelería

Apartado 439 AVENIDA CENTRAL Teléfono 664
Frente al Banco Mercantil

— **EL HOGAR** —

COMPAÑÍA DE SEGURO SOBRE LA VIDA

OFICINA PRINCIPAL: SAN JOSÉ, COSTA RICA

Emite pólizas cuyas cuotas están al alcance de todas las clases sociales; desde doscientos hasta tres mil colones, las que se obtienen con pago de cuotas mensuales de dos hasta treinta colones. A ese sistema de ahorros de tanta aceptación, ha agregado los planes de Pólizas: «Ordinarias de Vida»; de «Vida a Pagos Limitados» y «Dotales», de 10, 15 y 20 años, pudiéndose hacer el pago de las primas trimestral, semestral o anualmente, siendo éstas más reducidas que las que cobran otras Compañías.

Nadie que entienda la importancia del seguro, como una gran previsión para el futuro, deja de tomar una póliza en EL HOGAR, Compañía que ha logrado abrirse ancho campo por la seriedad en el cumplimiento de sus obligaciones y por la honorabilidad de sus Directores.

Sin que haya una ley expresa que lo exija, EL HOGAR ha hecho un depósito de 100.000 colones, el cual es intocable y sólo sirve para garantizar a los asegurados. Todos los pagos por siniestros se hacen de los fondos que la Compañía tiene en mano para tal fin.

LA FAMA

C. Herrero

Artículos para señoras y caballeros

Lecturas:

Tenemos a la disposición de los coleccionistas el primer tomo empastado de esta revista. Por *dos colones* le entregamos el volumen mediante la devolución de los números 1 a 30. Dirección: 7ª. Avenida, Este, N°. 42. Apartado 638. San José, C. R.

Le recomendamos lea el libro AROMA DE SANTIDAD, de Leonardo Montalbán. Precio: ₡ 1-25

En prensa un nuevo cuaderno de RENOVACIÓN.

Taller Artístico

Fábrica de MOSAICOS de excelente calidad de Fernando Doninelli. Se fabrican ESCUSADOS INODOROS competibles con los del exterior : Se hace cargo de construcciones y reparaciones de edificios en cemento armado y bahareque. CALLE 11 SUR

Gran Fábrica de Calzado

de SAUMA E HIJOS

Departamento de Materiales de Zapatería
Sección de Calzado a la medida

SURTIDO DE CALZADO CON SUELA DE HULE DE LAS MARCAS SULLIVANS Y NELIN, LAS MÁS REPUTADAS DE NORTE AMÉRICA.

TACONES DE HULE DE LAS MISMAS MARCAS.

TACONES DE HULE NON PLUS ULTRA CUADRADO A ₡ 1-75 EL PAR.

Calle Central, frente a Macaya : Teléfono No. 408 : Apartado No. 134
SAN JOSE, COSTA RICA

La Geisha

Cantina de lujo, la más concurrida de la capital : Servicio inmejorable

COLOSSIUM

Este es el nombre del famoso betún que surte a toda la República, por ser el mejor y más barato, no tiene rival. Si usted no me conoce búsqume en cualquier establecimiento : 50 varas al Oeste del Parque Central : COLOSSIUM, Negro, Amarillo y Colorado.

PRUEBELO USTED

Renovación

Cuadernos de 64 a 96 págs. de un sólo autor

Precio: 30 céntimos el ejemplar

FALCÓ & BORRASÉ, Editores

PUBLICADOS:

- 1 *Las vírgenes locas*, V. Blasco Ibañez.
- 2 *Clopinel*, Anatole France.
- 3 *Homenaje a Francia 1917*.
- 4 *La Escuela Altruista*, Anselmo Lorenzo.
- 5 *Lecturas*, Angel Ganivet.
- 6 *La Basílica-fantasma*, Pierre Loti.
- 7 *El Príncipe Feliz*, Oscar Wilde.
- 8 *Miscelánea literaria*, Juan Maragall.
- 9 *La Ciencia y la Metafísica*, C. Gagini.
- 10 *La vida que pasa*, Eduardo Zamacois.
- 11 *El Estado Docente*, R. Castro Meléndez.
- 12 *La canción triste*, Vicente Medina.
- 13 *De momento fugaz*, L. Montalbán.
- 14 *Homenaje a Francia 1918*.
- 15 *Desde Europa*, José Enrique Rodó.
- 16 *Diálogos sobre la Belleza*, F. Pi y Margall.
- 17 *Páginas selectas*, Jacinto Benavente.
- 18 *Antología Hispano-Americana*, Nicaragua.
- 19 *Malos vecinos*, Georges Clemenceau.
- 20 *El patio azul*, Santiago Rusiñol.
- 21 *De sobremesa*, Jacinto Benavente.
- 22 *Bronces de antaño*, Eduardo Calsamigla.

PRÓXIMO CUADERNO:

- 23 *El Jardín de Epicuro*, Anatole France.

EN PREPARACIÓN:

- El hijo del camino*, Jacinto Octavio Picón.
Un poeta lírico, Eca de Queiroz.
Crónicas sociales, Joaquín Dicenta.
Poemas, Rabindranat Tagore.
Evangélicas, Pedro P. Palacios (Almafuerte).
La perla negra, Victoriano Sardou.
Interior (teatro), Mauricio Maeterlinck.

Nuestro propósito es dar a conocer los trabajos más notables de Literatura, Ciencia y Pedagogía.

LIBRERIA FALCO Y BORRASÉ

MARTÍNEZ RUIZ (JOSÉ) «Azorín»

- | | |
|---|------|
| <i>La Voluntad</i> , empastados..... | 3.00 |
| <i>Al margen de los clásicos</i> | 5.00 |
| <i>Los valores literarios</i> | 5.00 |
| <i>Los Pueblos</i> | 4.50 |
| <i>El Licenciado Vidriera</i> | 4.50 |
| <i>Un discurso de La Cierva</i> | 4.50 |
| <i>Un pueblecito</i> | 4.50 |
| <i>El político</i> | 4.50 |
| <i>Antonio Azorín</i> | 3.00 |
| <i>Confesiones de un peq. filósofo</i> | 4.50 |

HÆCKEL (ERNESTO)

- | | |
|---|------|
| <i>Historia de la creación de los seres</i> , 2 t. | 8.00 |
| <i>Los enigmas del universo</i> , 2 tomos..... | 3.50 |
| <i>Las maravillas de la vida</i> , 2 tomos..... | 5.00 |

LIBRERIA FALCÓ Y BORRASÉ

FRANCE (ANATOLE)

- | | |
|--|--------|
| <i>La azucena roja</i> | ₡ 5.00 |
| <i>El crimen de un académico</i> | 5.00 |
| <i>El pozo de Santa Clara</i> | 5.00 |
| <i>Opiniones de Jerónimo Coignard</i> .. | 5.00 |
| <i>El olmo del paseo</i> | 5.00 |
| <i>El maniquí de mimbre</i> | 5.00 |
| <i>El anillo de gmatista</i> | 5.00 |
| <i>El figón de la reina Patoja</i> | 5.00 |
| <i>La camisa</i> | 5.00 |
| <i>Baltasar</i> | 5.00 |
| <i>La rebelión de los ángeles</i> | 5.00 |
| <i>La Isla de los Pingüinos</i> | 5.00 |
| <i>El libro de mi amigo</i> | 5.00 |
| <i>Crainqueville</i> | 5.00 |
| <i>Abeja cuento (infantil)</i> | 2.50 |
| <i>El jardín de Epicuro</i> | 1.30 |
| <i>Juan Servien</i> | 2.50 |
| <i>La cortesana de Alejandria</i> | 2.50 |

BAROJA (PIO)

- | | |
|--|------|
| <i>Aurora roja</i> | 3.75 |
| <i>La feria de los discretos</i> | 3.75 |
| <i>Paradox, rey</i> | 3.50 |
| <i>Las tragedias grotescas</i> | 3.50 |
| <i>César o nada</i> | 4.50 |
| <i>Las inquietudes de Shanti Andia</i> | 3.75 |
| <i>El árbol de la ciencia</i> | 3.75 |
| <i>El mundo es así</i> | 3.75 |
| <i>El camino de perfección</i> | 1.50 |
| <i>El mayorazgo de Labraz</i> | 1.50 |
| <i>Zalacain el aventurero</i> | 1.50 |
| <i>El tablado de Arlequin</i> | 1.50 |
| Memorias de un hombre de acción: | |
| <i>El aprendiz de conspirador</i> | 3.75 |
| <i>El escuadrón del Brigante</i> | 3.75 |
| <i>Los caminos del mundo</i> | 3.75 |
| <i>Con la pluma y con el sable</i> | 3.75 |
| <i>Los recursos de la astucia</i> | 3.75 |
| <i>La ruta del aventurero, novela</i> | 3.75 |

KROPOTKINE (PEDRO)

- | | |
|--|------|
| <i>La conquista del pan</i> | 1.25 |
| <i>Patabras de un rebelde</i> | 1.25 |
| <i>Campos, fábricas y talleres</i> | 1.25 |
| <i>Las prisiones</i> | 1.25 |
| <i>La ciencia moderna y el anarquismo</i> | 1.25 |

BUCHNER (LUIS)

- | | |
|---|------|
| <i>La vida psíquica de las bestias</i> | 3.50 |
| <i>El hombre ante la ciencia</i> | 1.25 |
| <i>Fuerza y materia</i> | 1.25 |
| <i>Luz y vida</i> | 1.25 |
| <i>Ciencia y naturaleza</i> | 1.25 |
| <i>El hurto sabroso</i> | 1.25 |
| <i>Bio-Bibliografía Hispánica</i> , M. Méndez. | 5.00 |
| <i>Nociones de Nomografía</i> , Fernando Baró. | 6.00 |
| <i>Historia de la literatura en los Estados Unidos</i> ,
William P. Trent, 7.00. | |
| <i>Libro de horas</i> , por Juan de la Encina. | |

Librería Española

de María v. de Lines

IMPRESA : ENCUADERNACIÓN : SELLOS DE HULE : RELIEVES

CASA FUNDADA EN 1884 POR DON VICENTE LINES B.

ACABAN DE LLEGAR LAS SIGUIENTES OBRAS:

- «Fabricación de Jabones», por Julio Rosignon.
- «Manual del Curtidor», por Paul Puget.
- «Nuevo Manual de Agricultura y Ganadería», por J. Pérez Gallardo.
- «Manual de Artes y Oficios», por el Dr. Nemirasto.
- «Jardinería y Horticultura», por Juan de Sandoval.
- «Compendio de Pirotecnia», por Julio Rosignon.
- «Manual Fabricante de Barnices, Colas y Engrudos», por Laurent Naudin.
- «Novísimo Manual práctico de Fotografía», por Eduardo de Bray.

Diríjase la correspondencia a LIBRERÍA ESPAÑOLA, SAN JOSÉ.
TELÉFONO N° 38 : DIRECCIÓN TELEGRÁFICA: LINES : APARTADO N° 314
Sucursales en Limón y Cartago

LA BALOISE, Basilea, Suiza

COMPañIA DE SEGUROS CONTRA INCENDIOS

La Compañía de mejor reputación en Suiza, con grandes negocios en Francia, Italia, España, Alemania, China, Extremo Oriente, América del Sur, etc.

Ofrece las mayores garantías

Agentes Generales,

Henri Frick & Co.

NOTA.—Ningún sub-agente tiene autorización de efectuar cobros sin presentar el recibo extendido por la Agencia General.



La Unión Industrial

PABLO SAUMA

PUROS «CASTRO AVILÉS» : CHOCOLATE
CAFE MOLIDO : HARINA DE MAÍZ

TELÉFONO NÚMERO 773 : SAN JOSÉ, COSTA RICA : APARTADO NÚMERO 131
LADO NORTE DEL MERCADO

Botica Española

ASTORGA HERMANOS

Medicamentos puros : Escrupulosidad en el Despacho de Recetas Medicinas de Patente siempre renovadas Agentes exclusivos de PULMOSELUM BAILLY Aceite Astor contra parásitos intestinales. Fabricantes de los famosos Cigarrillos Astorga : TELEFONO NUMERO 499 — SAN JOSE, DE COSTA RICA

LICITACIÓN para la construcción de otro Mercado en la Capital

La Municipalidad de San José en su sesión del 4 de los corrientes, acordó convocar licitadores para la construcción de un edificio destinado a Mercado público, en la parte Este de la ciudad. — El empresario o Compañía que acometa esta obra tendrá el derecho de explotar el nuevo Mercado por un término prudencial, cuya fijación queda sujeta a lo dispuesto en el Capítulo XIII de las Ordenanzas Municipales.

Desde la fecha del presente aviso se concede un término de seis meses para recibir propuestas, y se advierte que la Municipalidad se reservó el derecho de aceptar la que considere más conveniente, o de rechazarlas todas. — Intendencia Municipal, San José, junio 7 de 1919.

El Intendente, C. JIMÉNEZ R.

La Valenciana

Ocupa ya su nuevo y elegante local : Géneros : Encajes : Ropa hecha y calzado para niños : Grandes novedades en encajes : Teléfono N.º 280 : Apartado N.º 403 : 25 varas al norte de la Botica Oriental, San José : CALIXTO MADRIGAL, propietario.